







[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

*Ven, vamos a buscar un tesoro*

Título original: *Komm, wir finden einen schatz*

© Del texto: 1979 Beltz & Gelberg in the publishing group  
Beltz – Weinheim Basel

© De las ilustraciones: Janosch

© De la traducción: 2025, Olga Martín

© De esta edición:

2025, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

ISBN: 978-628-7672-87-1

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Nomos S.A.

Primera edición: marzo de 2016

Segunda edición: noviembre de 2025

Primera reimpresión segunda edición: febrero de 2026

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

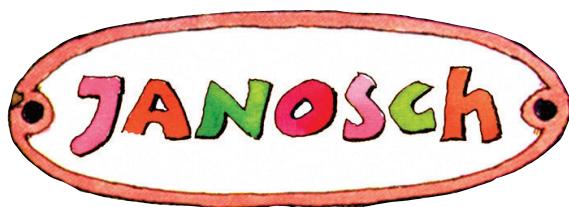
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

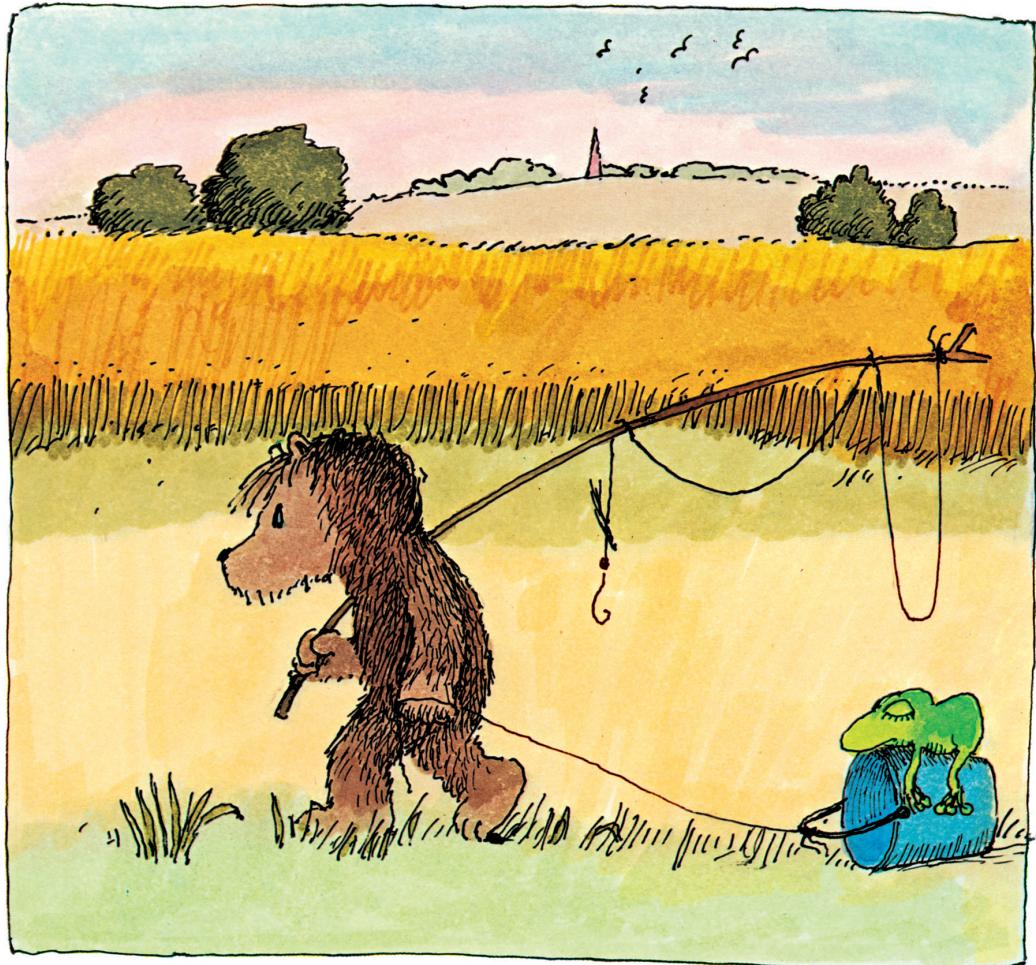


# **Ven, vamos a buscar un tesoro**

*La historia de cómo el pequeño oso y el  
pequeño tigre buscan la dicha del mundo*



loqueleo



Una vez, el pequeño oso se había pasado el día entero con su caña en el río, pero no había pescado nada.

El balde vacío, los huesos cansados y ninguna presa en la sartén. Su amigo, el pequeño tigre, estaría hambriento.



—Hoy no hay pescado, Tigre —dijo el pequeño oso—. No pesqué ni uno.

Entonces cocinó una coliflor de la huerta.

Con papas y sal y un poco de mantequilla.

—¿Sabes cuál sería la dicha más grande del mundo? —dijo el pequeño tigre—. La riqueza. Así podrías haberme comprado dos truchas hoy. Las truchas son mi comida favorita del mundo mundial. Mmm...

8 —¡Uy, sí, truchas! —exclamó el pequeño oso, pues las truchas eran su pesca soñada. Pero nunca había pescado ninguna porque las truchas no son tontas y no se dejan pescar tan fácilmente.

—¡Sí, fritas en una buena mantequilla, con eneldo y almendras! —exclamó el pequeño tigre dando brincos de emoción por la sala.

—Y de postre —dijo el pequeño oso—, pastel de crema y miel.

—¡Uf, pas-tel-de-cre-ma-y-miel! —aulló el pequeño tigre—. Se me hace agua la boca de solo pensarlo...

—Y mañana mismo tendría que comprarme un bote inflable, con urgencia —dijo el pequeño oso—. Pues eso es lo que necesito.

—¡No, no! —exclamó el pequeño tigre—. Primero necesito una hamaca. Porque mi mecedora chirría tanto que no puedo soportarlo. En serio. Me estoy enloqueciendo.

Y entonces el pequeño tigre también quería una gorra de piloto con hebilla.

Y una lámpara roja para poner encima de la cama y unas botas de cuero.

—Y nos mandamos a hacer unos trajes de verano bien elegantes —dijo el pequeño oso— y vamos al baile de los cazadores. ¡Y bailamos un tango enérgico en la pista! ¡Ay, sí, Tigre, eso sería genial!

—Ven —dijo el pequeño tigre—, ¡vamos a buscar un tesoro!

Al día siguiente, el pequeño tigre fue al bosque a recoger champiñones y los vendieron en el mercado. Con el dinero, compraron una cuerda fuerte, una pala nueva y dos baldes, que es lo que se necesita para cavar en busca de un tesoro.



Primera palada: tierra. Segunda palada: tierra.  
Un hueco de un metro de profundidad... Siete  
metros de profundidad... Pero ningún cofre con  
dinero y oro.





Con eso despertaron al topo dichoso, que estaba dormido allí y salió, golpeó el montón de arena y gritó:

—¿Hay alguien cavando en la tierra profunda?  
¿Buenas?

Pues no veía nada. Tenía los ojos ciegos porque se la pasaba bajo tierra, donde nunca entraba la luz. Y donde no entra la luz, a uno se le olvida ver.



—Sí, sí —dijo el pequeño tigre—. El oso está cavando abajo y yo estoy aquí arriba. Es que estamos buscando la dicha más grande del mundo, ¿sabes?

—Ah, la dicha más grande del mundo —dijo el topo—. La conozco. Y no está allí abajo, sino en un buen oído. Yo oigo muy bien. ¿Oyen el canto del reyezuelo, amigos? ¿No es precioso?

—¡No, no! —exclamó el pequeño tigre—. Estamos buscando un cofre con dinero y oro.

—Ah, eso —dijo el topo dichoso—. Eso tampoco está allí abajo. Conozco la tierra debajo de esta tierra como la palma de mi mano. A este lado del río no hay ningún cofre enterrado.

